



EL TIEMPO DEL CORAZÓN

Escrito dominical, el 3 de enero

Las palabras del Salmo 15 son un formidable apoyo para comenzar el año del Señor 2016: “Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti. Yo digo al Señor: *Tú eres mi Dios*. No hay bien para mí fuera de ti (...). Se multiplican las desgracias de quienes van tras dioses extraños; yo no derramaré sus libaciones con mis manos, ni tomaré sus nombres en mis labios. El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano: me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad” (1-2; 4-6). Hay muchas ideas de lo que es el tiempo y su consumación, que influyen sin duda a la hora de vivir de esta u otra determinada manera. Por ejemplo, en la forma de entender la vida el mundo pagano con el que se confrontó el primer cristianismo aparece la imagen del destino: el mundo era un juego de azar bajo la única ley de la casualidad. El tiempo, en esta manera de entender las cosas, vomita ciegamente los destinos de los humanos, éste para éste, aquel para aquel o para este otro...

La Biblia ha cambiado de arriba abajo esta intranquilizadora imagen. Existe, ciertamente, la rueda de la fortuna, en la que se hallan los destinos agraciados y los fracasos. En el Salmo 15, en cambio, esta rueda de la fortuna se halla en las manos de la razón y del amor eterno de Dios: “...mi suerte está en tu mano”. Éste el indispensable supuesto, el único que nos permite a los humanos tener esperanza en la vida. Si la ruleta de la vida está en las manos de Dios, el único destino desgraciado *no consiste sino en querer vivir fuera de sus manos*. Quiere esto decir que en las manos de Dios descansa mi tiempo. De este modo se pone igualmente de manifiesto que el tiempo del hombre no es simplemente en las rotaciones del sol, la tierra o la luna.

No, con el hombre ha surgido un nuevo centro del mundo: el golpe del corazón, que es medida de su ser, es nueva medida, nuevo centro del mundo. Las palabras del Salmo 15 nos exhortan a nutrirnos de ese tiempo; y, como quiera que nuestro corazón no golpea en el vacío, el tiempo del corazón se torna lleno de sol. Se descubre también el verdadero compás del corazón cuando se pone en las manos de Aquel que tiene nuestro tiempo. Es mucho mejor, por consiguiente, al inicio del año nuevo decir a Dios: “Señor acógenos y bendícenos”. Y dejar de desear cosas a la gente que nos rodea (“que todo te vaya bien; que el año que viene todo cambie y que venga cargado de toda clase de bienes y de buena suerte) que sabemos que no suceden, si uno no cambia o no se trabaja por cambiar. No quiere esto decir que no deseemos buenas cosas a los demás en el año nuevo o que el Señor nos ayude y nos dé su fortaleza. Pero dejemos ya de pensar en cuentos de hadas, de supersticiones que cambien de la noche a la mañana nuestra vida, de pensar en ruletas que nos van a traer fortuna o destinos inesperados. Yo les deseo, por supuesto, un feliz año 2016, y confío sus personas al Señor.

No quisiera acabar mis palabras de esta semana sin decir nada de algo que me parece cada vez más disparatado: la utilización que muchas de nuestras autoridades públicas hacen de la Navidad, de este tiempo celebrativo cristiano, para sus propios intereses. Cuando tantas de esas autoridades en ayuntamientos y otros ámbitos locales dicen no creer en Jesucristo y que actúan como gobiernos laicos, es decir, “laicistas”, sin respeto a la fe de tantos españoles. Además de hablar de fiestas de invierno, de “felices fiestas” sin aludir al nacimiento de Cristo, que aconteció en un determinado año de la fundación de Roma, en tiempos del emperador Augusto, no dejan de tergiversar imágenes, símbolos o signos cristianos desprovistos de su contenido. Sin duda alguna que pueden hablar cuanto quieran y tener las opiniones que les apetezca, pero con rigor y respeto. Piensen, por ejemplo, en las llamadas “cabalgatas de Reyes” el día 5 de enero. Yo considero que hay en muchas de ellas una desmesura y alejamiento del genuino sentimiento cristiano que me apena grandemente y que es poco objetivo respecto al hecho religioso cristiano.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

PASTORAL DIOCESANA

Escrito dominical, el 17 de enero

Hemos celebrado felizmente la IV Jornadas de Pastoral en nuestra Diócesis, una iniciativa de reflexión, comunión eclesial y convivencia de muchos católicos toledanos. Como en otros años, los temas, las ponencias y las experiencias presentadas han estado relacionados con la programación pastoral diocesana, girando en torno a la doctrina social de la Iglesia, pero girando sobre la familia en el desarrollo humano, o los desafíos pastorales para la evangelización del mundo del trabajo, la vida económica y la comunidad política; igualmente la familia y la defensa de la vida como campos del compromiso social.

“Pastoral”, “acción pastoral”, “desafíos pastorales”, “hacer pastoral” son palabras que tal vez necesiten alguna precisión. ¿No es a los pastores a quienes propiamente compete la acción pastoral? Ciertamente: los pastores de la Iglesia (obispos, sacerdotes, diáconos) ha de pastorear. Pero en absoluto quiere esto decir que los fieles laicos y otros consagrados deban pasar por la mediación de esos pastores para participar de los tres grandes acciones de la Iglesia, de manera que se entienda su apostolado, su participación en la acción sociocaritativa y de transformación de este mundo o en la Liturgia del misterio cristiano, como una “concesión” de los ministros a los otros cristianos no ordenados. Estos fieles laicos y consagrados no tienen que pedir “permiso” a curas y obispos, para ser corresponsables en la tarea eclesial y para participar en la acción evangelizadora de la Iglesia. Cosa distinta es la necesidad de que exista de una espiritualidad de “comunión”, exigida por Cristo, entre todos los miembros del Pueblo de Dios.

Todos necesitamos preparar cada día mejor nuestra participación en la acción misionera y en el apostolado de la Iglesia de Cristo. Bien es verdad que para difundir al Señor y su Evangelio, vale más el ejemplo que las palabras, pero ejercitarse para estar mejor preparado es vital en nuestro tiempo. Nuestro mundo es complejo y hay muchos ámbitos donde trabajar. Por no habernos preparado mejor para el apostolado, la vida de Cristo no se oye en muchos campos de la existencia de los hombres y mujeres, sobre todo en la vida pública de nuestra sociedad.

Las IV Jornadas de Pastoral centradas de lleno en la doctrina social de la Iglesia católica, sin duda nos han ayudado mucho. Ya sabéis que tenemos un déficit en este aspecto de la doctrina y vida cristiana y su repercusión en la vida social de nuestro mundo. Pero no se trata sólo de adquirir un conocimiento. Más importante es calentar nuestro corazón en estos temas para que la hermosa convivencia eclesial, que estas Jornadas diocesanas proporcionan, nos haya decidido a desplegar la capacidad de amar y cambiar nuestro ambiente que nos da la Iniciación Cristiana y los Sacramentos de Cristo.

Quiero subrayar, dentro de la celebración de las Jornadas, las “experiencias de misericordia”, unas experiencias diocesanas, que tuvieron lugar el viernes 8 de enero. Son realidades que acontecen entre nosotros; son fundaciones canónicas en favor de mayores y personas con discapacidad; la fundación COF con sus programas de educación afectivo sexual; o lo que está haciendo la Pastoral de la salud, o Cáritas, Manos Unidas, o cuanto hacen los consagrados en favor de los más pobres; o lo que está desarrollando en la difusión de doctrina social de la Iglesia; también las experiencia de tiempo libre sano y saludable; la presentación del *Proyecto Mater* fue también una hermosa realidad. Se trata de hacer caer en la cuenta a nuestros católicos que su Iglesia se mueve, que deben conocer cuánto se hace y se puede hacer. Lo que no se conoce no se ama.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

¡GRACIAS!

Escrito dominical, el 24 de enero

Mis queridos chavales: un saludo de vuestro Obispo. ¿No nos conocemos? ¡No me digan! Bueno, todo se andará. ¿Cómo estáis en este mes de enero? No me digáis que mal o regular, porque no es verdad. De todas formas, si te encuentras un poco triste o desanimado, tal vez puedas animarte

con lo que te quiero decir en este escrito. Te hablaré de la Infancia Misionera, que celebraremos el 24 de enero. ¿De qué vas? Pues de una obra del Papa Francisco y de toda la Iglesia, de los niños para los niños. “¿Y eso me interesará?”, dirá alguno. Si no eres un aburrido, sin duda que sí.

La Infancia Misionera educa a los niños del mundo en la solidaridad misionera, en la oración y la ayuda económica. Sí, es una obra misionera que se adelantó en ochenta años a las Declaraciones de los Derechos del Niño en Ginebra, y cien años al nacimiento de UNICEF. Mirad lo que dice de vosotros el Papa Francisco: “Es curioso: Dios no tiene dificultad para hacerse entender por los niños, y los niños no tienen problemas para comprender a Dios”. Pero, ¿entonces los niños no tienen pecado original? De eso nada, tenéis vuestros egoísmos, vuestras peleas y envidias, pero es verdad que tenéis algo especial: pureza y sencillez interior. Como decía un obispo, amigo mío: “Si un niño descubre la importancia de la fe, dirá siempre: “gracias”. También sois capaces de aportar ayudar a los niños de los territorios de Misión en África, América, Asia..., porque sabéis la importancia de conocer a Jesús y tener fe en Él.

Son muchos los proyectos financiados con vuestras aportaciones... hasta 2699 proyectos en 2014, lo cual suponen más de 17 millones de euros. ¡Toma! Claro, pero hay que despertar y saber lo que vale vuestra fe y lo que les pasa a tantos niños por el mundo. Cito otra vez al Papa Francisco: “Numerosos niños desde el inicio son rechazados, abandonados, les roban la infancia y su futuro. Alguno se atreve a decir... que fue un error hacer que vinieran al mundo. ¡Esto es vergonzoso! No descarguemos sobre los niños vuestras culpas ¡por favor! Los niños nunca son “un error”. Su hambre no es un error, como no lo es su pobreza, su fragilidad, su abandono...; y no lo es tampoco su ignorancia o su incapacidad... Si acaso, estos son motivos para amarlos más...”

Este año la Infancia Misionera el tema es ¡GRACIAS! Un niño misionero siempre da gracias. Gracias por la vida, por sus padres y su cole, por la creación,... y por la fe en Jesús. Agradecimiento también por ser “pequeños misioneros” y formar parte de la gran familia de Infancia Misionera. Alegría por la fe, la alegría del Evangelio de Jesús a quien conocéis.

Te contaré una historia que te puede ayudar para que sepas dar gracias por lo que tienes, por la fe, tu familia, tu Cole, tu Catequesis, tantas cosas:

“Un campesino, cansado de campo y del trabajo agrícola, decidió vender su finca. Conocía a un vecino que era poeta, y éste le hizo un cartel para su venta: “Vendo un pedacito de cielo, adornado con bellas flores y verdes árboles, hermosos prados y un cristalino río con el agua más pura que jamás hayan visto”.

El poeta, el que hizo el cartel, tuvo que marcharse por un tiempo, pero a su regreso visitó a los que creía eran sus nuevos vecinos, pensando que aquel hombre que le pidió el cartel se había mudado, al vender su finca. Pero su sorpresa fue enorme al ver al campesino trabajando en sus faenas. Amigo, ¿no se iba de la finca? El campesino con una sonrisa le respondió: No, mi querido vecino, después de leer el cartel que usted me hizo, comprendí que tenía el lugar más maravilloso de la tierra y que no encontraré otro mejor”.

Dale gracias a Dios porque tienes vida, salud y esperanza de poder seguir luchando para alcanzar tus metas. Tu “finca” es muy hermosa y valiosa, no la desprecies. Es bueno que seas feliz. Pero no olvides a otros niños que, sin merecerlo, no tienen lo que tú tienes. Y ellos son queridos por Dios Padre, como te quiere a ti y espera de ti grandes cosas, y no que seas un gran “egoistón”, centrado en ti, sin mirar al horizonte grande de los demás.

✱ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

LA SABIDURÍA CONTENIDA EN EL EVANGELIO

Escrito dominical, el 31 de enero

A medida que van pasando los años; a medida que me voy encontrando con personas con las que hablo en profundidad, experimento la acción discreta y misteriosa –pero real- de Dios en mi vida y en la de los demás, a poco que nos abrimos a su presencia en nosotros. Pero también me sorprende más comprobar la sabiduría contenida en el Evangelio, qué verdad encierra para nosotros y cuánta luz arroja sobre la condición del hombre. Por desgracia, no siempre se acepta esta verdad y esta luz.

Este Evangelio de Jesucristo paradójico e inagotable, que ni siquiera los cristianos hemos empezado todavía a vivir verdaderamente, posee la increíble facultad, la fuerza de hacer de

nosotros seres libres, de volvernos capaces de amar la verdad, de “humanizarnos” realmente; esto es, de divinizarnos, pues hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. En estos momentos, en que los españoles estamos viendo tantos espectáculos de mentiras, de engaños, de pactos que no se llevarán a la práctica, de afirmaciones que no responden a la realidad de las cosas, nos conviene a los católicos experimentar que en la Palabra que es el Evangelio se nos revelan, del modo más fecundo y más hondo que existe, todas las leyes de la existencia y, en particular aquellas según las cuales nos es posible alcanzar la felicidad.

Pero hemos de ser muy conscientes de que en el espíritu del mundo europeo y español ha penetrado profundamente la idea de que es igual aplicar esta o aquella fórmula, seguir esta o aquella tradición. Y así la verdad misma parece inalcanzable. Y una consecuencia es que a nosotros, los cristianos, nos repugna la idea de que el núcleo de la fe sea verdadero, sea la verdad. A algunos incluso la fe propuesta les parece una forma de arrogancia occidental. Si fuera así, todo lo que hacemos sería pura apariencia, y nuestros actos de adoración al Señor serían también falsos. ¡Con cuánta frecuencia vivimos de la pregunta de Pilato –aparentemente tan humilde, pero, en verdad, tan orgullosa- “qué es la verdad”!

Pongamos un ejemplo: en el centro mismo del Evangelio están las Bienaventuranzas; la primera las resume todas: “Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. Esta sorprendente afirmación de Jesús, entre otras cosas, nos dice: la pobreza espiritual, la absoluta dependencia de Dios y de su misericordia, es la condición para la libertad interior. Tenemos que hacernos como niños y esperarlo todo del don del Padre de los cielos, un instante tras otro. Imaginen ustedes un diálogo ficticio entre Jesús y un cristiano contemporáneo, por ejemplo, tú mismo: “-¿No te has preguntado nunca cuál de las cosas que vives es la que me causa mayor alegría?” –“No, le digo a Jesús”. Y Él responde: -“Cuando con lúcida libertad contestas que sí a las llamadas de Dios. Recuerda esta frase mía: La verdad os hará libre”. Solo cuando aceptamos con humildad nuestra propia verdad, mantenemos un diálogo con Dios, dándonos cuenta de que todo lo que nos ha pasado y nos vaya a pasar responde a un amoroso y providente proyecto de Aquel que es nuestro Padre, sólo entonces estamos respondiendo a las llamadas de la gracia.

Sí, muchas cosas nos dejan perplejos o nos conducen en ocasiones a una densa oscuridad; pero la fuente de nuestra fe será entonces nuestro escudo. “¿No se ha revelado Dios como nuestro “Abba”, vuestro Padre?”, nos podría decir Jesucristo. “¿No he abrazado Yo, el Hijo, lo más miserable de vuestra condición? ¿No os defiende a vosotros el Espíritu Santo Paráclito? ¡No tengáis miedo de vosotros mismos!”. Dios se ha hecho carne, su nuevo nombre es Dios-con-nosotros, Dios con nuestra realidad. Sólo en la medida en que nos descubramos a nosotros mismos, descubriremos lo hondo de su amor. Créanme: así experimentaremos que no estamos solos. Cristo se ha quedado siempre con nosotros amándonos, amándote.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España